

Annabel Pitcher

El silencio es un pez de colores

Traducción del inglés
de Carmen Villar García

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Isaac, con la esperanza
de que siempre sepa adónde pertenece*

Primera parte

Capítulo 1

En internet tiene que haber alguna lista de qué comprar en caso de querer irte de casa, pero mi teléfono, como de costumbre, está muerto. Juraría que siempre decide apagarse en el momento en el que las cosas se ponen feas. Ahora lo llevo grogui en el bolsillo y no puedo buscar una lista de artículos indispensables para la vida del fugitivo, aunque una linterna infantil con forma de pez de colores me parece una elección muy sensata. Tiene una pinta bastante simpática con esa carita naranja y, sin duda, un amigo me vendría de perlas ahora mismo, así que a la cesta que va. Desde allí me observa con unos ojitos negros y brillantes mientras cojo tampones, pañuelos, dos chocolatinas y una revista.

El trayecto en tren desde Manchester a Londres dura dos horas, así que voy a necesitar algo para leer y para ocultarme porque, conociendo mi suerte, Jack llamará a la policía en cuanto me eche en falta y, para cuando llegue a la estación Euston, habrá fotos mías empapelando las paredes de los servicios con un letrero que diga «Encuentren a mi Tessie-T» en fuente negrita extragrande.

No nos engañemos, Jack no es el tipo de persona que le hace ascos a un buen drama, y que tu hijo desaparezca debe de ser lo peor que le puede ocurrir a un padre. Cuando pienso en ello me dan ganas de tirar la cesta y correr de vuelta a casa, de manera que tengo que recordarme a mí misma que mi supuesto padre es ahora, y desde que vi lo que vi en su ordenador, mi enemigo número uno. Sin embargo, me duele en el alma imaginarme la expresión de su cara, con la mirada fija en mi cama vacía y en el nórdico de

Star Wars. Lo compré el año pasado fingiendo que se trataba de una sarcástica declaración de intenciones, cuando en realidad lo hice porque quería dormir con Luke Skywalker. Como para no querer, viendo cómo maneja su espada láser...

Mamá gritará un «¡Jack, ven aquí!» con una voz más crispada de lo habitual tratándose de un día cualquiera a las siete de la mañana, cuando tiene la costumbre de entrar sin avisar en mi cuarto con una taza de té, como si fuera el cuco de un reloj de pie. Sí, es preciso, pero también bastante desquiciante. No estoy de broma, llevo tres años sin beberme ese té. Simplemente me resulta demasiado agotador levantar la cabeza de la almohada a esas horas intempestivas; pero lo agradezco, y mamá lo sabe. Me estruja con cariño los pies mientras le dedico un «gracias» con voz ronca.

Eso es amor, preparar té día tras día para alguien que nunca se lo bebe solo por si acaso esa mañana le pueda apetecer un sorbo. Quiero arrojar el té a mamá en toda la cara, pero también quiero saborearlo, y ya no podré hacer ninguna de las dos cosas porque no voy a volver a verla nunca. Dentro de una hora, aproximadamente, se dará cuenta de que me he ido y mirará con horror mi cama vacía, sobre la que Jedi se subirá de un salto queriendo darme un lametón, y se lamentará gimoteando cuando descubra que no estoy.

Y yo también me lamento en este ir y venir por los pasillos: los pies me palpitan dentro de unas botas Dr. Martens plateadas porque este es el mayor ejercicio físico que mis piernas han hecho en, más o menos, cuatro años. Hubo una época, hace tiempo, en la que lo mejor del mundo era correr a lo loco con el viento silbando a través del hueco de mis dos paletas. Podía extender los brazos y volar como una enorme mariposa. Jo, cómo recuerdo mis deslumbrantes colores... Luego se destiñeron y ahora camino lentamente, arrastrando los pies. Llevo caminando así desde las dos y diez de la madrugada cuando hui de casa, silenciosa como un ninja, con la necesidad de sentir tierra firme bajo mis pies, de asegurarme de que la Tierra seguía ahí aunque mi mundo acabara de desmoronarse. Deambulé por calles conocidas, perdida en la oscuridad, demasiado asustada de los pensamientos que me rondaban por la cabeza como para preocuparme por cualquier otra cosa.

Y aquí estoy, llevando a cabo un plan con un pez de colores como segundo de abordaje, que, ahora mismo, está totalmente fuera de juego. Esto es posiblemente lo último que él se imaginaba que le iba a ocurrir cuando se despertó esta mañana junto a las garrafas de anticongelante de la gasolinera Texaco, el único hogar que había conocido en su vida.

Noto que se me hinchan los ojos, como si fueran nubes de lluvia. A punto están de descargar y eso no puede ser, ¿verdad? Así que finjo ser otra persona, alguien que ronda los treinta, con la vida solucionada y que va a coger un tren al centro de Londres para asistir a una reunión importante, en lugar de lo que soy: una quinceañera con el pelo teñido de negro y las raíces descoloridas, y huérfana de padre. Y digo huérfana de padre, aunque igual podría ser hija de ese hombre que está justo ahí, trabajando tras la caja registradora, a pesar de que no tenga aspecto de haber engendrado una prole.

Sin ánimo de ofenderme a mí misma, pero soy de hueso ancho y estoy bien entrada en carnes, y ese tipo parece una gallina escuchimizada con cara de pollo. Me mira sin prestarme demasiada atención mientras pongo la cesta sobre el mostrador, luego picotea en la caja registradora con una mano huesuda, marcando el precio del pez de colores ya que no tiene código de barras.

—Lo siento —le digo, como si fuera culpa mía.

El hombre pasa de mi disculpa, lo que saca a relucir su falta de educación o lo que sea, aunque no me importa demasiado porque si no existo, mejor para todos.

Sé perfectamente en qué planeta vivo, ¿vale?, y ya me he cansado de fingir encajar, de matarme por alcanzar el centro del sistema solar. Mi verdadero lugar en el universo está bastante claro, y si no que se lo pregunten a la anciana encargada del comedor de mi escuela que se percató de ello a la legua. Durante la primaria, mientras los niños intentaban hacer amigos, yo trataba de encontrar un espacio que mi imaginación pudiera llenar con lo que quisiera, casi siempre mariposas porque para mí eran la perfección: hadas auténticas con alas mucho más bonitas. A la hora del recreo me convertía en ellas, no en una única mariposa, sino en cientos de ellas; mis brazos se transformaban en un caleidoscopio de colores mientras bailaba sobre el césped húmedo. Entretanto,

mis compañeros de clase jugaban al pillapilla, persiguiéndose los unos a los otros alrededor de unos cuantos metros de asfalto. No alcanzaba a comprenderles y les preguntaba una y otra vez en mi cabeza «¿No hay demasiada gente?».

—No te preocupes, angelito —me dijo la encargada del comedor cuando me pescó observando a los otros niños con cara de confusión—. Tú eres como Plutón: te sientes mucho más a gusto en soledad. —Me dedicó una sonrisa plagada de arrugas—. No hay nada de malo en ello.

Creí en sus palabras hasta que empecé el instituto. Daban una fiesta de bienvenida para los alumnos de primer curso de secundaria con un DJ que no era el padre de ningún alumno, sino todo un adolescente con el tatuaje de un carácter chino en el bíceps.

—Pollo *kung pao* —respondí a dos chicas que me preguntaron mi opinión acerca de su significado mientras miraban con ojos atónitos— con arroz frito.

Pasaron de mí y se alejaron bailando, momento que aproveché para escapar del alboroto del salón de actos en dirección a la sala donde los profesores estaban vendiendo chuches, y, ¡madre mía!, el puesto de chokolatinas estaba hecho un desastre, así que no me quedó más remedio que colocarlas en pilas ordenadas para la señora Miller. Después salí fuera a sentarme en un muro, bajo un árbol.

Cuando llegué a casa, Jack me preguntó si me lo había pasado bien. Lo hizo como si ya conociera la respuesta de antemano, pero, desafiando todas sus expectativas, asentí al pensar en la forma en que la luz de la luna se había filtrado a través de las ramas iluminando mi piel con sus rayos plateados.

—¿En serio te has divertido? —Su voz se animó, también su cara—. ¿De verdad? Eso es maravilloso, Tessie-T. Realmente maravilloso. Nuevo instituto y todo. Nuevo comienzo. ¿Qué hiciste?

—Me senté debajo de un árbol —le respondí, y su rostro se ensombreció.

—¿Con un amigo? Dime que estabas con un amigo, Tess. Ya hemos hablado de esto.

Me miré los dedos de los pies a través de las medias. Antes de la fiesta, mamá me había pintado las uñas de rosa brillante a pesar de que nadie las vería.

—¿Tess? —dijo mamá sentada en el sillón, medio escondida tras una montaña de correcciones—. Papá te está hablando. ¿Saliste de la fiesta con alguien?

—Claro que sí —respondió Jack—. Ella recuerda nuestra charla, ¿verdad, Tessie-T? Acerca de la importancia de encajar. Eso es lo que estás haciendo, ¿a que sí? Encajar.

Solo había una respuesta posible, y estaba bastante claro cuál era. Ellos no querían un Plutón. Querían un Mercurio o, por lo menos, un Venus. Asentí con la cabeza, moviéndola arriba y abajo y, a continuación, Jack me propinó tal manotazo en el omóplato, justo donde solía estar mi ala izquierda, que provocó que mi cabeza casi saliera despedida hacia delante.

—¡Esa es mi chica! —exclamó. Si su voz se había animado antes, ahora se había venido arriba, arriba, arriba muy por encima del temor al que siempre tendría que enfrentarme por encajar—. Cuéntanoslo todo acerca de ella, ¿o es un él? —me preguntó, guiñándome un ojo al tiempo que me obligaba a sentarme en el sofá. Como siempre, este se resintió con un crujido y, también como siempre, tuvimos que acomodar los cojines. Los dos proferimos un gruñido exagerado cuando mamá se apretujó contra nosotros. Antes de decir nada, nos pinchó con un boli rojo.

—Venga, Tess. Danos un nombre.

—Anna —dije sin preocuparme de que era una mentirijilla.

Se miraron el uno al otro por encima de mi cabeza con una mirada llena de algo que no pude identificar hasta que finalmente me di cuenta de lo que era: orgullo. Me sentía rodeada por ese sentimiento, cálido y lleno de esperanza, esa capa protectora que prometía transformarme en algo mucho mejor que una mariposa. Cuando me fui a la cama, me puse de rodillas frente a Jedi y juntos hicimos un solemne juramento: yo intentaría convertirme en la hija perfecta y él en la mascota perfecta. Jedi bajó su blanca y peluda cabeza porque sabía que eso significaría dejar de pelearse con Bobbin, su enemigo número uno, que pertenecía a Andrew, nuestro vecino de al lado.

Alcé mi mano y él levantó una pata.

—Que la fuerza nos acompañe.

Y más o menos así fue durante unos cuantos años. Jedi no mordió a Bobbin durante mogollón de tiempo y yo hice un es-

fuerzo bestial por encajar, tratando de hacerme notar, siendo más alegre y divertida de lo que realmente era, sacando a pasear mi personalidad como una nariz de payaso, para hacer reír a todos en general y a Jack en particular.

Pues bien, eso se acabó. Sobre todo después de haber leído lo que leí en su ordenador. Paso del juramento, lo que quiere decir que Jedi también, así que por favor háganle saber a mi perro que el trato está FINITO. Un leopardo no puede cambiar su estampado, un perro no puede cambiar su carácter y un planeta no puede cambiar su posición en el universo. Soy Plutón, y por eso cojo el recibo de la gasolinera sin decirle ni mu a ese hombre que tampoco me ha dicho ni una palabra a mí, lo que, sinceramente, me cuesta un triunfo hacer ya que durante los últimos cuatro años siempre he sido yo la encargada de poner fin a los silencios incómodos.

Espero a que el semáforo de los coches se ponga en rojo para detener la ausencia de tráfico en esta calle en absoluto demasiado transitada en la que, en realidad, nada me obliga a estar de pie en la acera como un pasmarote, esperando a que un chisme me indique que ya puedo cruzar. Ese tipo de comportamiento es típico de una chica que intenta con todas sus fuerzas hacer lo correcto, y yo estoy intentando desesperadamente hacer lo contrario, así que pongo un pie en la carretera sin pararme a mirar a ambos lados, pasando por completo del código de Seguridad Vial porque yo soy así, toda una rebelde.

— ¡A ver si miras por dónde vas! — me grita el conductor de una furgoneta, dando un frenazo. Lo analizo para comprobar si él es él, pero es demasiado escandaloso para ser mi padre, gritando todo ese «bla, bla, bla, esto» y «bla, bla, bla, aquello» porque a ver si me entero de que, por mi culpa, ha tenido que frenar de repente, estropeando sus malditos neumáticos nuevos que le han costado toda una maldita fortuna, ¿entiendes?

— ¡La próxima vez mira por dónde vas, cariño!

Es imposible que mi verdadero padre sea tan maleducado, lo tengo claro. Aunque hubiera estado enfadado, él habría levantado una mano en señal de disculpa y yo la habría levantado

también; entonces él la habría levantado todavía más para cargar con toda la responsabilidad, pero yo la habría levantado más aún para demostrar que, en realidad, todo había sido culpa mía. Con nuestros dedos casi tocando el cielo habríamos sonreído de la misma manera y entonces él, ahogando un grito de sorpresa, habría dicho «¡Eres tú!».

«¡Sí!», habría sido mi respuesta, y entonces nos habríamos abrazado ahí mismo, en medio de la calle, y todo el mundo se habría puesto a aplaudir como en una de esas películas con un final feliz que nunca ocurren en la vida real, Tess, así que no flipes.

Cruzo la calle caminando como un pato, que es mi forma de correr últimamente, y cuando llego a la acera de enfrente, me pregunto en qué momento el vestido a rayas que llevo y que supuestamente es de corte en forma de A, aunque en mí parezca más una O, se volvió tan ajustado. Se supone que me importa el hecho de que, según Jack, esté cada día más gorda, pero lo cierto es que me siento a gusto con mi talla e incluso a veces, cuando poso mirándome al espejo y me toco el pecho, pienso que hay un montón de hombres por el ancho mundo que pagarían una pasta por ver mi cuerpo, y no me refiero solo a aquellos que tengan una fijación por las gordas, así que...

Me contoneo caminando por la acera, sacando tripa, en plan «arrodillaos ante mí y adorad el gran altar de Tess». Este repentino rollito tan guay es el que se apodera de mí mientras intento parar un taxi que me lleve volando en busca de aventuras. Tengo un montón de calderilla en el bolsillo de mi abrigo, y la perspectiva de coger un taxi es como de cuento de hadas, en plan ¡guau!, con tan solo levantar un brazo puedo detener un carruaje negro y, pagando unas cuantas monedas de oro, ir adonde quiera con un presupuesto de nueve libras. Y el lugar al que quiero ir es la estación de tren de Manchester Piccadilly, porque mi destino final es Finsbury Tower, el número 103-105 de Bunhill Road, Londres. Repito estas palabras mentalmente una y otra vez, como un mantra, de forma que, cuando por fin consigo parar un taxi, me sorprendo a mí misma al escucharme decirle al conductor la dirección de mi casa.

—¿Es esa calle que está detrás del colegio Chorlton? —me pregunta mientras hace un cambio de sentido. Todavía estoy a

tiempo de cambiar de opinión. Estoy preparada para ir y el pez de colores también, pero entonces balbuceo —: Sí, esa misma. La primera a la derecha después del colegio. Es uno de los adosados, a mitad de camino bajando la calle.

Salimos en dirección contraria a la estación y en poco tiempo entramos en mi calle. Debería ocurrir algo más, algo lo suficientemente importante como para justificar el alocado bum, bum, bum de mi corazón, pero no, reducimos velocidad y paramos justo enfrente de la puerta de mi casa.

Todo está como siempre. El mismo número plateado sobre el mismo buzón. Las mismas cortinas colgadas en la misma ventana del salón. Y esta tarde, sin duda alguna, volveré a ser la misma chica sentada en el mismo sofá, viendo la tele vestida con mi mono de cuerpo entero y estampado de tigre, cuando un estampado de ratón sería mucho más apropiado.

—Son seis libras con cincuenta, por favor.

Le entrego el dinero, pero no salgo, fingiendo por unos segundos más que, en realidad, voy a hacer algo grandioso y valiente por una vez en mi definitivamente corta y tímida vida.

—¿Es esta la casa?

—Sí —respondo, pero no hago intención de moverme y abrir la puerta. El conductor medio parece que se gira para mirarme.

—¿Te encuentras bien?

Es todo un detalle que me lo pregunte, pero sus palabras denotan cierto sentido de obligación y su mirada, cansancio, en plan «otra adolescente hecha un lío dando tumbos por la calle después de una noche desastrosa». Ese es el significado de la expresión de su cara mientras intenta descifrar el significado de la mía. Puede que, si se hubiera girado un poco más sobre su asiento, o si hubiera apagado el motor, o si hubiera apartado sus manos del volante en lugar de apretarlo con tanta fuerza, puede que entonces le hubiera contado lo que vi anoche. En lugar de eso me recompongo.

—Estoy bien.

El cielo llora, no sé si aliviado o decepcionado con mi regreso. Permanezco bajo la lluvia, observando mi casa y dándome cuenta de que las cortinas del dormitorio de mamá y Jack siguen cerradas, así que nunca sabrán que me di a la fuga durante cuatro

horas y trece minutos. El taxi desaparece cuando abro la puerta de casa. Entro de puntillas, preguntándome cómo es posible que siga sintiendo que este lugar es mi hogar.